Conejo

Santiago Anconetani

Capítulo 1

CONEJO
En la última puerta del último piso de ese hotel de mala muerte, se encontraba Josué Rodriguez, "el conejo". Su desayuno consistía en una medida de J&B. Su traje gris, su camisa blanca, su corbata negra y sus dientes podridos por la cocaína le habían quitado la sonrisa, el humor, el amor y el entusiasmo por vivir que había tenido cuando rompía redes de pebete en el club de barrio. Se había roto los ligamentos en el momento en que lo venían a ver representantes para llevárselo y como buen pibe que se convierte en deportista frustrado, se convirtió en un profesional de los excesos. Resulta que una pluma, ese día frío de invierno, le cayó en el hombro derecho. Justo en ese mismo momento en que se disponía a tomar el "80"que lo transportaba en un eterno paseo de Liniers hasta Belgrano. Cuando la pluma le tocó el hombro, un soplo lo metió al micro y como una brasa, la pluma, le encendió el hombro desde lo más interno.

- Deja Conejo, guarda la SUBE. El chófer del micro, lo había reconocido y a pesar de haber sido la primera vez que lo veía, no lo había sentido un desconocido.

-Hasta que apareciste la re puta que te pario.

- Por que no me chupas la pija conejo?, yo estuve con todo este teatro igual que vos y tuve que componer a este gordo, negro y grasa ,cagandome de calor acá arriba y encima me hicieron hacer eso que se llama familia. Te juro que no veo la hora de empezar, los odio a todos.

- ah vos te quejas? Pero sabes con las lacras que me ando juntando yo? no tienen el más mínimo sentido,no de fraternidad, sino de beneficio siquiera estos parásitos, se aprovechan de todas las circunstancias y de todas las situaciones por cosas que los hacen sentir peor consigo mismos. Me tienen harto. Me tienen los huevos al plato, ya no veo la hora de empezar yo tampoco.

Atónitos, los 5 pasajeros que venían con ellos, quedaron todos mudos. Pero la sorpresa fue aún mayor cuando el 80 agarró avenida San Martín enfilando hacia el centro de la capital porteña. Una pobre vieja se levantó con la idea de increpar al pato negro (conductor del colectivo) y ante la insinuación del, oiga!! que ni siquiera empezó a esbozar, la ancianita de pelo blanco, espalda encorvada, y chal rosa, fue brutalmente convertida en un sticker del parabrisas. El ruido del cráneo al explotarse y la sangre, que salpicó al cura que acompañaba en el primer asiento a la viejita, empezó a entintar el piso, como si hubieran tirado cera para pisos, y al conejo lo subsumio en una excitación tal, que tomó inmediatamente del pelo a la joven que venía delante de él. No llego a horrorizarse la pobrecita que cuando tomo conciencia tenía el cuello estirado hacia atrás

y sintió, de una vez ,que una fuerza brutal arrancaba la cabeza de su cuerpo.

Claro está que los dos estudiantes que completaban el pasaje, intentaron inútilmente romper el vidrio y abrir la puerta. Conejo de tan solo una mirada los levantó en el aire y detuvo sus corazones para caer redondos por el pasillo del bote urbano que ya surcaba Díaz Vélez en busca de corrientes a una fenomenal velocidad.

-Que vieja de mierda dijo el topo, ya sacándose la cruz y los habitos ensangrentados y dejando ver su natural y animalezca forma en clave humanoide.